

# LA NUEVA ENTENTE BALCANICA

Una vez más, la península de los Balcanes ha ocupado un primer lugar en la escena internacional. Para los políticos, esta zona de Europa ha sido desde hace casi un siglo una constante preocupación. De ella han surgido crisis muy graves, cuyas consecuencias han sido capaces de producir tales cambios en la estructura internacional como no pudieron estimarse cuando se iniciaron.

A consecuencia de un hecho ocurrido en los Balcanes, estalló la primera Guerra Mundial. Fué entonces cuando con mayor propiedad se calificó a esta península como el «polverín de Europa», y si bien la segunda Guerra Mundial no se inició a causa de ningún suceso en ella desarrollado, sin embargo, desde que ésta terminó, el mundo permanentemente ha tenido fija la vista en los Balcanes a causa de los acontecimientos que en los mismos han tenido lugar. La crisis griega a consecuencia de la infiltración comunista; la conversión de Albania, Bulgaria, Rumanía y Hungría en países satélites de Moscú, y la cambiante actitud de Yugoslavia respecto al Kremlin y los occidentales, son hechos que han producido su efecto en las cancillerías.

Cuando, a finales del año pasado, se empezó a especular con la posibilidad de que se forjara una nueva Entente Balcánica, pocos pudieron prever que se llevara a cabo en un lapso de tiempo excesivamente corto. Bien es verdad que en la segunda mitad de 1952 hubo una gran actividad entre Ankara, Atenas y Belgrado, pues durante este tiempo, distintas delegaciones se trasladaban a estas capitales, en donde mantenían conversaciones de tipo económico, militar, etc., que por el solo hecho de realizarse, denotaba que entre los tres países existía una tendencia a una mutua comprensión, dando de lado a antiguas querellas o situaciones antagónicas.

En la gestación de este nuevo Acuerdo Balcánico, hay que subrayar especialmente la posición de los tres países que lo han creado. Por un lado, Turquía, que por su posición extrema en Europa, y con intereses a caballo en este continente y en el Próximo Oriente, ha sido un país que ha ejercido una fuerte atracción en la política norteamericana. Gre-

cia tampoco ha sido menospreciada por Washington, e incluso las actividades del Embajador de los Estados Unidos en Atenas fueron agriamente criticadas, en especial en la primavera de 1952, por su intervención en los asuntos internos del país, cuyo rasgo más característico estuvo en las declaraciones que hizo respecto a la inestabilidad gubernamental, causada por la desproporcionada representación que había en la Cámara. Consecuencia de esto ha sido la nueva ley electoral, basada en el sistema mayoritario, que, aprobada el 4 de octubre de 1952, ha servido para hacer las últimas elecciones generales, que han dado el triunfo al general Papagos—el hombre que derrotó en 1949 al comunismo griego—, al tiempo que aumentaba el número de diputados de 258 a 300.

Por último, el persistente cambio de actitud de Yugoslavia después de su ruptura con Moscú ha hecho que, tanto la Gran Bretaña como los Estados Unidos, mantengan una posición de complacencia respecto a Tito, aunque esto no quiera decir que haya una unidad de criterio, de miras y de fines por parte de ingleses y norteamericanos. Fué muy significativo que en el VI Congreso del Partido comunista yugoslavo, celebrado casi inmediatamente después del Congreso de Moscú, Tito, en su mensaje de 2 de noviembre de 1952, indicara la conveniencia de ampliar la base de la lucha ideológica contra la Unión Soviética buscando una más estrecha colaboración con los partidos socialistas y grupos liberales del Occidente, y al mismo tiempo propusiera un cambio en el nombre del Partido, y que afirmara que Yugoslavia estaba dispuesta a colaborar en una defensa común para la conservación de la paz y la independencia del país.

Este cambio posicional de Tito sirvió para que Cyrus L. Sulzberger, jefe de los corresponsales en el extranjero del diario *The New York Times*, publicara el día 16 de noviembre de 1952 un comentario titulado «Yugoslavia ayuda a la N. A. T. O.», en el que se manifestaba que la decisión del dictador yugoslavo de entablar negociaciones con Grecia y Turquía reforzaba en mucho los planes de la defensa europea, aunque esto no represente ni por un momento el que Yugoslavia vaya a entrar a formar parte de la Organización del Pacto Atlántico Norte. Para este comentarista, Tito ha pasado, de una alianza militar con la Unión Soviética, a una alianza no escrita con los occidentales.

Como dato interesante de esta evolución de los yugoslavos, están las declaraciones que en Nueva Delhi hizo el 11 de enero de 1953 el Ministro de Economía y Asuntos Económicos, Rodoljub Colakovic, que en aquellas fechas se encontraba en la India al frente de una misión económica de su país, en las que expuso que el hecho de que el partido comunista yugoslavo haya cambiado de nombre por el de Partido de los Trabajadores yugoslavos (el verdadero nombre oficial es el de Liga Socialista del Pueblo Obrero Yugoslavo) no sólo indica un cambio de

terminología, sino también que ha cambiado de contenido la organización política.

A nuestro entender, la nación que ha dado los pasos necesarios para llegar a la constitución de esta nueva Entente Balcánica ha sido Turquía, la cual ha tenido una decidida colaboradora en Grecia. En cuanto a Yugoslavia, consideramos ha jugado el papel de la conveniencia, sea cual fuere el sentido en que se tome esta expresión. Para este país, tal Pacto Balcánico es enrolarse junto a las naciones de la N. A. T. O. sin obligarse específicamente a nada, y, en cambio, situarse en posición de poder recibir ayudas económica, militar y técnica de una forma totalmente a beneficio de inventario.

Turquía es un país que desde los tiempos del Presidente Atatürk está llevando una política internacional práctica y con una amplia visión de la realidad. Ha comprendido plenamente que su posición geográfica y geopolítica la obliga a jugar las partidas de los occidentales y del Próximo Oriente. Por ello busca la consecución de acuerdos de ayuda mutua con unos y otros, comprendiendo que es pieza fundamental en la zona del Mediterráneo oriental. Esta es la razón por la que, en julio de 1947, su entonces Ministro de Asuntos Exteriores, Numan Menamencoglu, expusiera la necesidad de la creación de un sistema permanente de defensa del área oriental, y en abril de 1948, Negmedin Sadak, sucesor de Menamencoglu, quisiera llevar a la realidad lo que había sido hasta entonces un simple proyecto verbal, y para lo cual elaboró, conjuntamente con su colega heleno, Tsaldaris, el texto de un proyecto que tenía como primordial finalidad el crear un sistema defensivo del Mediterráneo oriental, pero que fracasó ante la actitud de los países árabes, a causa de recelos y suspicacias, la situación a que por aquellos años les obligaba el problema de Palestina y por otras razones de distinta índole, innecesarias de indicar.

Al ingresar Turquía y Grecia en la Organización del Pacto Atlántico Norte, en una cierta parte se colmaron las aspiraciones turcas respecto al Mediterráneo oriental. Esta misma trayectoria de una idea panmediterránea es la razón de la firma en Roma, en marzo de 1950, del Pacto de amistad italo-turco. Por todo ello, y en vista de no haberse llegado a un acuerdo en los países árabes, es por lo que Turquía vislumbró la posibilidad de la constitución de una nueva Entente Balcánica, la cual agrupara en principio a tres de los Estados que formaron la anterior, es decir, Grecia, Yugoslavia y ella misma (Rumanía era el cuarto Estado que perteneció a la primera Entente Balcánica).

Desde el momento en que delegaciones de los tres países signatarios de este Pacto iniciaron sus conversaciones, se comprendió la gran importancia que podía representar la constitución de un pacto regional de defensa mutua, en uno de los lugares del mundo en donde las presiones rusas—sea cual fuere el régimen político imperante en Moscú—han sido

más intensas. Pero el interés aumentó en el momento en que los representantes de los tres países comprometidos hicieron pública su declaración de fecha 4 de febrero de 1953, en la cual afirmaban que habían decidido que la futura Entente Balcánica no sería privativa de los países que en aquel momento sostenían las conversaciones, sino que tal pacto estaba abierto a toda aquella nación que quisiera adherirse. Es indudable que tal declaración iba en especial dirigida a Italia, y no hay la menor duda que esta propuesta fué idea de turcos y griegos, ya que Yugoslavia no estaba en aquellas fechas—ni lo está en el momento de redactar estas líneas—en condiciones de ofrecer un nexo de acercamiento al país con que mantiene una actitud de tensión a consecuencia de la cuestión del Territorio Libre de Trieste. Por ahora, esta propuesta no ha dado resultado satisfactorio, ya que, por una parte, Italia ha mantenido una actitud de total inhibición ante la Entente Balcánica, y por otro lado, Yugoslavia se apresuró a indicar que, si bien aceptaba la propuesta greco-turca, ésta no implicaría en ningún momento el que Italia se aprovechara de su ingreso en el pacto para plantear el asunto de Trieste.

Las cancillerías occidentales, al tener conocimiento de haberse tratado de este asunto en las conversaciones, pensaron que les podía servir de punto de apoyo para, en un momento determinado, intervenir con gran fuerza para poder resolver la disputa italo-yugoslava sobre la península de Istria; pero no hay la menor duda que el Gobierno de Belgrado rechazará de plano toda sugerencia en tal sentido, y en su día se apresuró a hacer pública una declaración oficiosa que fué reproducida por toda la prensa yugoslava, en la que insistía que toda acción por parte de Italia para resolver el problema de Trieste supondría que estaba apoyada por Gran Bretaña y Estados Unidos. Y para que no hubiese duda sobre esta cuestión, a principios de febrero de 1953 el director de la Agencia de Información Diplomática Yugopress fué autorizado para hacer público que cualquier medida tomada sobre Trieste implicaría que Yugoslavia tendría que actuar para salvaguardar sus intereses, adoptando las medidas que considerara pertinentes.

El Pacto Balcánico fué firmado en Ankara el 28 de febrero de 1953, y es el primero que signan dos países que pertenecen a la Organización del Pacto Atlántico Norte con un país de ideología comunista. Es un protocolo diplomático poco extenso, desde el momento en que sólo está compuesto de un preámbulo y diez artículos. En síntesis, lo estatuido en el Pacto Balcánico es lo siguiente: 1.º Los tres países signatarios se comprometen a consultarse y proporcionarse información sobre aquellas cuestiones que sean de interés común, y para lo cual los Ministros de Asuntos Exteriores tendrán, por lo menos una vez al año, una reunión conjunta para tal fin. 2.º En lo que respecta a la defensa militar, los jefes de los Estados Mayores de las naciones interesadas estudiarán todos

los aspectos que se refieran a una seguridad conjunta y someterán sus decisiones a la consideración de sus respectivos Gobiernos. 3.º Se hace a continuación la advertencia que, tanto la cláusula política como la militar, reseñadas, no representará ninguna interferencia en los compromisos contraídos por Grecia y Turquía respecto a la N. A. T. O. 4.º Se indica después que este Pacto está abierto a toda nación que desee adherirse, y que la participación en el mismo de todo nuevo Estado-miembro será en las mismas condiciones que se han establecido para los tres países fundadores. 5.º Ninguno de los Estados-miembros podrá retirarse del Pacto sin haber dado antes noticia de ello con un plazo de un año, y ningún Estado-miembro podrá retirarse de él antes de que hayan pasado cinco años de su entrada en vigencia. 6.º Por último, se denomina este Pacto con el nombre de Tratado de Amistad y Colaboración. Pero es indiscutible que en él hay algo más que esto, desde el momento que las cláusulas de tipo militar en el mismo incluídas indican que este Tratado tiene un especial carácter de alianza defensiva.

En el preámbulo de este Pacto, los Estados signatarios reafirman su lealtad a los principios estatuidos en la Carta de las Naciones Unidas, para lo cual invocan los preceptos del artículo 51 de ella («Ninguna disposición de esta Carta menoscabará el derecho inmanente de legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un miembro de las Naciones Unidas, hasta tanto que el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales. Las medidas tomadas por los miembros en ejercicio del derecho de legítima defensa serán comunicadas inmediatamente al Consejo de Seguridad y no afectarán en manera alguna la autoridad y responsabilidad del Consejo, conforme a la presente Carta, para ejercer en cualquier momento la acción que estime necesaria con el fin de mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales»), así como la facultad que determina el artículo 52 para la constitución de acuerdos regionales («Ninguna disposición de esta Carta se opone a la existencia de acuerdos u organismos regionales cuyo fin sea entender en los asuntos relativos al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y susceptibles de acción regional, siempre que dichos acuerdos u organismos, y sus actividades, sean compatibles con los propósitos y principios de las Naciones Unidas. Los miembros de las Naciones Unidas que sean partes de dichos organismos harán todos los esfuerzos posibles para lograr el arreglo pacífico de las controversias de carácter local por medio de tales acuerdos u organismos regionales antes de someterlas al Consejo de Seguridad. El Consejo de Seguridad promoverá el desarrollo del arreglo pacífico de las controversias de carácter local por medio de dichos acuerdos u organismos regionales, procediendo, bien a iniciativa de los Estados interesados, bien a instancia del Consejo de Seguridad»).

No es necesario emplear muchos conceptos para revelar el valor de este Pacto Balcánico, formado entre naciones con costas sobre los mares Adriático, Mediterráneo, Mármara y Negro; es decir, entre países situados en una de esas encrucijadas del mundo y que forman una zona estratégica de capital importancia para el mundo actual. La reunión territorial de tres naciones que ejercen una hegemonía sobre parte del Mediterráneo oriental y sobre las cuales, como antes se indicaba, ha ejercido Rusia, a lo largo de más de un siglo, una presión permanente en busca de una salida a un mar libre, tiene un interés manifiesto, y máxime teniendo en cuenta que cuando terminó la segunda Guerra Mundial sólo Grecia y Turquía eran naciones pertenecientes a la península balcánica que no habían caído dentro de la órbita soviética, pero, a pesar de ello, estaban amenazadas. No hay que olvidar que los occidentales realizaron un importantísimo esfuerzo a partir de 1945 para detener el peligro soviético, que inundaba los países balcánicos, y que fué en 1947 cuando, por aplicación de los principios establecidos en la doctrina Truman, se decidió una eficaz ayuda a Grecia y Turquía. Luego, en 1948, se produjo la ruptura entre Tito y Stalin—ruptura que fué de tipo personal y no ideológico—, con lo que la situación de asfixia en que se encontraba Grecia a causa de la profunda actividad comunista en el país fué conjurada a partir del momento en que los guerrilleros helenos dejaron de percibir ayuda de Yugoslavia. Más tarde, en 1952, al ingresar Grecia y Turquía en la Organización del Pacto Atlántico Norte, ambas naciones se encontraron respaldadas política, económica y militarmente por los occidentales y les permitió tomar fuerzas para la constitución de un pacto regional de defensa que transforma totalmente la situación en el sudeste de Europa, pues las faculta, al aliarse con Yugoslavia, pasar de una posición de resistencia a una de ofensiva. Con la firma de esta nueva Entente Balcánica, hay dos países de esta península cuya situación se encuentra comprometida: Bulgaria y Albania; son las naciones sobre las cuales este Tratado puede ejercer una acción decisiva, en especial respecto a la segunda—enclave comunista de innegable valor contra la estrategia europea occidental—, pues la oferta que en el mismo se hace de admisión dentro de él de otros Estados parece como una opción a que las dos naciones citadas tomen derroteros similares a los de Tito y rompan su dependencia con Moscú.

Por estas razones, no es de extrañar que entre los países satélites haya habido, desde el momento en que se iniciaron las conversaciones entre Ankara, Atenas y Belgrado, una actitud de preocupación, y que el Kremlin dispusiera como inmediata medida preventiva la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Bulgaria y Yugoslavia, acusando con ello la posibilidad de la secesión antes apuntada e indicando los dirigentes de Sofía que la nueva Entente Balcánica tiene un carácter puro y típicamente agresivo.

Por otra parte, y dentro del terreno de las realidades, ha servido la firma de este Pacto para que entre Turquía y Yugoslavia se firmara, el 23 de febrero de 1953, un Tratado comercial que establece un intercambio de productos y mercancías por valor de 70 millones de dólares, redactado según el criterio que dirigió el de amistad y colaboración, especificándose además que tal Tratado es una base para un mayor incremento en las relaciones comerciales entre ambos países.

Si Turquía, una vez que ha conseguido su ingreso en la Organización del Pacto Atlántico Norte y ha visto convertida en realidad esta Entente Balcánica, logra un acuerdo con los países que constituyen la Liga Árabe que dé como resultado la constitución del Pacto de Defensa del Próximo Oriente, es indudable que ha jugado y ganado una partida de tal importancia que los occidentales, y en especial los Estados Unidos, nunca podrán agradecer bastante, pues representa dar una estabilidad y una seguridad a una zona del mundo que permitirá mirar hacia el futuro con relativa confianza. Junto a ella, Grecia ha actuado de forma desinteresada y con pleno conocimiento del valor importantísimo de lo que para el porvenir representa la consecución de estas alianzas regionales. La íntima amistad que une a Grecia con Turquía es muestra de lo que puede el querer colaborar desinteresadamente y el olvidar antiguos roces y puntos de fricción. Grecia, con su actitud, no hace más que mantenerse en esa línea de conducta llena de caballerosidad que ha presidido su historia. En cuanto a Yugoslavia, el único comentario inmediato que se nos ocurre es que ha sido el jugador de ventaja en esta partida en la que ha habido mucha buena voluntad y que moralmente se ha convertido en un miembro más de la Organización del Pacto Atlántico Norte, y esto, sin tener que aceptar la responsabilidad y los deberes que obligan a las naciones encuadradas en la N. A. T. O. Bien significativo, a este respecto, es lo que expone Drew Middleton, periodista norteamericano destacado en Alemania, en un reciente artículo publicado en el número de abril de 1953 de la revista editada en Nueva York *Foreign Affairs* y titulado «N. A. T. O. changes direction», en el que, al revisar la situación presente del Pacto Atlántico en el Mediterráneo oriental, indica que otra cuestión muy importante a realizar por esta Organización es el fortalecimiento de Grecia y Turquía, e incluso eventualmente el de Yugoslavia, pues representa mantener una posición estratégica favorable contra uno de los flancos de los soviets, y que el potencial hombre de estos países, unido al poder aéreo que se puede mantener en el Mediterráneo por medio de los portaaviones británicos y norteamericanos, representa una interesante opción para la N. A. T. O. y que puede tener importantes efectos en los planes del Kremlin.

Para Middleton no son despreciables, dentro del marco del Pacto Atlántico Norte, las 30 divisiones yugoslavas, pues si bien están organizadas según el sistema soviético y provistas de material ruso, esto no es

problema, pues, como descubrió hace unos meses la revista semanal norteamericana *Newsweek*, los Estados Unidos están entregando a Yugoslavia todo el material que capturan a los comunistas en Corea, y al tiempo que refuerzan sin coste alguno por su parte el potencial militar de los ejércitos de Tito, le ayudan con material que emplean las fuerzas de la N. A. T. O., como es ejemplo las recientes cesiones de aviones de caza a reacción, que llegaron a los aeródromos yugoslavos en vuelo desde Alemania occidental. Por último, ya en abril, el alto mando militar yugoslavo dictó una nueva reglamentación orgánica, la cual dispone el cambio de las insignias de su grado respectivo que hasta ahora empleaban los oficiales, generales y particulares, así como los suboficiales. Tales insignias eran hasta la actualidad exactamente del estilo de las del ejército soviético, y son cambiadas por distintivos copiados del ejército británico. Esta misma reglamentación dispone también que, a partir del próximo verano, las tropas yugoslavas emplearán un nuevo uniforme que es casi igual al que emplean las fuerzas inglesas.

LUIS M.<sup>a</sup> LORENTE.